

LOS OJOS DEL ORFEBRE

**Microrrelatos de los alumnos
del taller literario de Ángel Olgoso
"El arte de lo mínimo".
Biblioteca de Andalucía
2010**

© De cada uno de los textos, sus respectivos autores. De todas las ilustraciones,
Antonio Serrano Fontana.
Granada, 2011.

LOS OJOS DEL ORFEBRE

**Microrrelatos de los alumnos
del taller literario de Ángel Olgoso
"El arte de lo mínimo".
Biblioteca de Andalucía
2010**



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

INDICE

HELENA AJENJO	7
DATOS BIOGRÁFICOS	8
RELATOS	
ESE ALEMÁN QUE NO RECUERDO	9
MIMETISMO FERROVIARIO	10
EL FOTÓGRAFO	11
MARÍA JESÚS GARRIDO	12
RELATOS	
¿ME QUIERE? ¿NO ME QUIERE?	13
FATUM	14
CONFIT DE CEBOLLA	15
ISABEL HUMBERT	16
RELATOS	
EURÍDICE Y LOS HOMBRES	17
UN AÑO DIFERENTE	18
EL CUCHILLO DE COCINA	19



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

GLORIA LAO GARCÍA	20
DATOS BIOGRÁFICOS	21
RELATOS	
ME QUITO.....	22
CONTRALUZ	23
JULIO MARTÍN	24
DATOS BIOGRÁFICOS	25
RELATOS	
PELDAÑOS.....	26
¡QUE EMBARAZOSO!	28
EVA MARTÍN GARCÍA	29
RELATOS	
PRIMERA VEZ.....	30
SESIÓN	31
A-SOMBRA-DOS	32
ROSA ORTEGA SÁNCHEZ	33
RELATOS	
INSTRUCCIONES PARA ESCRIBIR UN POEMA	34



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

CAMBIOS.....	35
Y NO SUPE QUE DECIR	36
NADA	37
ANTONIO SERRANO FONTANA.....	38
DATOS BIOGRÁFICOS.....	39
RELATOS	
COSTA DE LAS DOS SIRENAS.....	40
LA FE DE NUESTROS PADRES	41
INCONVENIENTES	42
ESTHER VARÓN	43
RELATOS	
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE	44
LA PELEA.....	45
UN HOMBRE SENSIBLE.....	46



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.



«...“Blanca para el tiroides” (un sorbito), “azul para la tensión” (otro sorbito)...»

HELENA AJENJO



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

DATOS BIOGRÁFICOS

Licenciada en Bellas Artes aprendiendo a dibujar con palabras.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

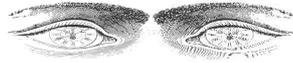
Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

ESE ALEMÁN QUE NO RECUERDO

Mientras la mano izquierda mueve el café por inercia, los dedos de la mano derecha de Beatriz juegan en el pastillero: “blanca para el tiroides” (un sorbito), “azul para la tensión” (otro sorbito), “rojiza para la circulación” (un último sorbito).

Suena el teléfono y una voz masculina y con deje sudamericano pregunta con quién habla y Beatriz se siente aturdida, se coloca muy derecha en la silla, se muerde el labio inferior y busca la respuesta en la esquina del techo donde guarda todos los recuerdos y de carrerilla recita: “soy la hija de Alejandra y Bernardo, esposa de Julián y madre de Julián Júnior, Bernardo Júnior y Nicolás, empleada de hogar de la familia Gómez Linares durante 45 años y vecina de entreplanta de los Rodríguez-Menguado”.

La educada voz con ritmo de tele-novela quita importancia a la lista de datos facilitados por Beatriz y formula de nuevo la pregunta intentando saber el nombre de su interlocutora pero la sombra de unos libros proyectada en el techo tapa la respuesta y Beatriz con las manos sudorosas y muy nerviosa repite de nuevo, “soy la hija de Alejandra y Bernardo, esposa de Julián y madre de...”



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

MIMETISMO FERROVIARIO

Con la cabeza apoyada en el cristal del escaparate Marta mira como gira el tren de la bellísima maqueta expuesta.

En ella, monísimas casitas con florituras y detalles llevados a la cursilería extrema, abarcan un circuito de 3 x 1`5 metros.

Una vuelta y otra vuelta y a la décima vuelta una ostia de rutina le cruza la cara, se le arquea el cuerpo y vomita, mientras figurillas inmóviles y sonrientes saludan a un tren vacío.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

EL FOTÓGRAFO

–Sonríe, bonita, sonríe..., –le dijo a la niña mientras le bajaba las braguitas.



«Una sombra alargada llama ya a mi puerta. Lleva algo sobre su hombro. La dejo pasar.
No siento miedo. Llevamos jugando tantos años...»

MARÍA JESÚS GARRIDO



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

¿ME QUIERE? ¿NO ME QUIERE?

Siempre he preferido los crisantemos a las margaritas. Si, no, si, no, si... El viejo juego. Pero la pregunta es otra. Durante setenta años la respuesta ha sido, no. Hoy es diferente, el sí me ha cogido desprevenida. Aún queda día. Una sombra alargada llama ya a mi puerta. Lleva algo sobre su hombro. La dejo pasar. No siento miedo. Llevamos jugando tantos años...



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

FATUM

Ninguno de sus numerosos amantes había sido tan velludo. Desde la coronilla hasta los dedos de los pies, una maraña de pelo algodonoso y crepitante cubría casi la totalidad de su cuerpo. Ella, tan lampiña, pasó del rechazo inicial a un desenfreno orgiástico en apenas unas horas. Jamás lo hubiera creído. La noche se le fue entera enmarañándolo una y otra vez con sus dedos, y el amanecer la encontró buscando febrilmente el sexo de él entre tanto caos. Cuando, con un deseo feroz se alzó para penetrarse, penetrarlo, y consumir el fugaz encuentro, no pudo. Ya era tarde, irremisiblemente estaba atrapada, enredada ella misma con él, desde su propia coronilla hasta sus desnudos pies.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

CONFIT DE CEBOLLA

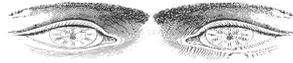
Me duele, me duele mucho, un montón. Sé que ella lo comparte, pero, podía haber tenido más cuidado... Si es que está muy nerviosa últimamente, demasiado. Hace las cosas con prisas, sin pararse a pensar y ¡claro! pasa lo que pasa. Aquí estoy yo con un agujero que termina cerca del hueso, hinchado, sintiendo unos latidos que no me dejan descansar y envuelto en un apósito que me hace parecer un soldado en medio del campo de batalla. Y ella me mira, me toca con cuidado, un poco asustada todavía, pero ya más tranquila. La sangre es tan escandalosa, saliendo así a borbotones, pero ella se mantuvo firme, serena: agua fría sobre mí hasta que se cortara la hemorragia, luego el brazo en alto esperando a que ahora sí parara, y después envolverme en una especie de sudario apretado, distrayendo el pensamiento, que yo lo sé, la conozco tan bien....

Me cuida dos veces al día, me cambia el apósito, me pone *betadine* con cuidado y voy sintiendo menos dolor, incluso ya estoy cicatrizando. Todo puede acabar dentro de poco. Pero no sé, no termino de fiarme, sigue nerviosa y ya sé por experiencia que si tiene que ocurrir otro accidente me tocará a mí; en mi situación de índice de la mano izquierda, estoy condenado. Hace años tuve otra experiencia similar, pero fue un corte, no un apuñalamiento. Por eso estoy alerta, ella no está bien. Aunque a veces me olvido de mi enfado y me da lástima, sobre todo cuando me acerca a su ojo izquierdo y me hace resbalar sobre una lágrima, pero no puedo ablandarme, es por simple supervivencia.



«Muy rápido, de un salto, el cuchillo pintando a borbotones la sábana...»

ISABEL HUMBERT



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

EURÍDICE Y LOS HOMBRES

Cuando conoció a Orfeo creyó haber encontrado por fin lo que buscaba. Se enamoró de él arrebatadamente, confió en él sin resquicios de duda. Y, desde luego, él hizo cosas por ella, algunas de las que se sintió muy orgullosa, como cuando, por ejemplo, bajó a los infiernos en su busca. Pero no supo culminar la tarea y falló en el último momento, en lo más fácil: no consiguió dejar de mirarla.

¡Ay, hombres, hombres! Ninguno merece la pena del todo.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

UN AÑO DIFERENTE

Aquel invierno fue muy diferente. Inicialmente, en cierto modo. Nada más comenzar la universidad, Lucrecia, con sus largos y negros cabellos, su faldita de cuadros escoceses tan corta, su sonrisa inteligente y cálida, le había introducido en un extraño grupo de amigos, de los que no iban a discotecas ni escuchaban música inglesa sino que se pasaban las horas en los patios de las casas, tomando mate en vez de gin-tonic y hablando sin parar en un lenguaje abstracto, denso, cuyo significado él apenas entreveía pero que le olía a profundidad, a rebeldía y heroísmo.

Lucrecia apenas intervenía. Se limitaba a observar con sus ojos profundos y a veces asentir y otras veces mirarle a él, con su sonrisa luminosa, como acogéndole y quitándole el miedo.

Las prolongadas conversaciones se enmarcaban también con frecuencia entre los cristales de aquel ruidoso café, entre aromas de mármol, madera vieja, vino y cigarrillos, desde el que se podía estudiar el bullicio de la ciudad mientras se debatían términos como “asamblea”, “explotación” “táctica y estrategia”, “proletariado”, que él, al regreso a casa, buscaba en el diccionario sin conseguir explicaciones demasiado claras. No importaba. A veces incluso intentaba emitir una opinión, utilizando alguna de aquellas expresiones, y notaba como era escuchado y, en ocasiones, respaldado, sobre todo por la sonrisa de Lucrecia.

Fue el invierno de los gritos en las calles, de las consignas secretas, de las concentraciones y el calor de los amigos.

Y de la piel de Lucrecia brillando recostada en las abiertas arenas, frente al mar, usualmente encrespado, en aquellas mañanas doradas de novillos y descanso.

Cuando sólo estaban ellos y el olor agrídulce del agua.

Que se convirtió en amargo y expandió su bilis por toda la ciudad, por todo el pequeño país, aquel día en que todo se derrumbó, arrasado por una uniformidad gris y sombría y fúnebre.

Aquel día en que Lucrecia no respondió al teléfono.

Aquel día en que, tras vagas noticias de comisarías o prisiones, Lucrecia desapareció de su vida y, tal vez, de las vidas de todos.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

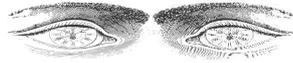
EL CUCHILLO DE COCINA

Los gritos. Como en sueños. En mitad de la noche. Desasosiego. Afuera llovía. Sigilo. Pasos descalzos, cuidadosos. Angustia. El mármol frío. Los crujidos de los muebles. La tibieza de la alfombra. Ráfagas de luz entrando y saliendo, instantáneas, desde la tormenta. Desentrañando rincones y devolviéndolos a la oscuridad. La puerta casi cerrada. Prohibición. Escuchó. Confirmó los gritos. Miró por la rendija. Y le vio agrediéndola. Pánico. Pero sobreponiéndose, sin saber cómo. Determinación. La cocina. Casi deslizándose. Con el mismo sigilo y el corazón saliéndose del pecho. Un cuchillo. Sólido y afilado. Nuevos pasos. Resbalando por la alfombra. Con más cuidado, si cabe. Y otra vez la puerta. El muro infranqueable del misterio. Los quejidos taladrándole el pecho y llenándole de odio. De rabia. De audacia. Muy rápido, de un salto, el cuchillo pintando a borbotones la sábana. Las manos inertes. Las pupilas vacías. Pero el pavor en la mirada de ella. Sin lágrimas, sin sollozos, sin gratitud. Sólo pavor inmóvil ante la torcida mueca. Y de repente, comprendiéndolo todo, recordó al hombre que había venido a cenar con mamá. Afuera seguía lloviendo.



«Me quito el pantalón, despegando el tejido de los muslos, tirando hacia abajo... »

GLORIA LAO GARCÍA



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

DATOS BIOGRÁFICOS

Escritora y correctora ortotipográfica y de estilo. www.revangel.es



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

ME QUITO

Cierro la puerta y echo la llave. Dos vueltas en la cerradura.

Desato los cordones, me quito los zapatos y los meto bajo la cama, con las puntas hacia dentro. Me quito los calcetines y los dejo en el suelo, apartados en un rincón de la habitación, frente a la puerta.

El gato no me mira. El suelo está frío.

Me deshago de la camisa de seda, desabrochando cada uno de los cinco botones. Empiezo por arriba; el cuello me aprieta. Deslizo primero la manga derecha, después la izquierda, abro el armario y la cuelgo en la única percha. Me quito el pantalón, despegando el tejido de los muslos, tirando hacia abajo, y lo dejo caer como un acordeón rodeando mis tobillos. Saco un pie, luego el otro. Me quito el reloj y lo guardo en la caja de madera que hay sobre la mesilla de noche: se ha parado. Me quito los pendientes largos y la cadena de plata, y los cuelgo en los brazos de alambre de un maniquí de un palmo de alto.

No hay espejos.

Tiro de la goma del pelo y lo suelto. La melena cae abrigando mi espalda. Me quito la ropa interior y la dejo descuidadamente sobre el cabecero de la cama.

Entonces levanto la persiana, descorro las cortinas, me hago cuatro dobleces y me guardo en el último cajón de la cómoda.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

CONTRALUZ

Caminas por una vereda una mañana de noviembre. Te concentras en tus pasos, en los charcos que ha dejado la última tormenta, en las huellas de algún animal en el barro, probablemente un perro, en los caracoles que han salido a un sol menguado y oblicuo –procuras no pisarlos–, en el aire que respiras, vacío, en tu sombra de escuadra arrastrándose a tu lado. Observas cómo se desmonta su perfil en los bordes de una acequia que discurre en paralelo, cómo roza los márgenes cubiertos de maleza. Inconscientemente te llevas la mano a la cabeza y un dolor te recorre el costado: tienes la ropa llena de tierra; el pelo, trabado: piedras, hormigas. Alzas la mirada y no hay más que oscuridad.

Te detienes, y tu sombra sigue caminando.



«En el pasillo veo una foto caída en el suelo, la observo y reconozco con sorpresa a mis padres cuando eran jóvenes...»

JULIO MARTÍN



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

DATOS BIOGRÁFICOS

Reside en Granada desde hace más de 3 años. Ha participado en diversos talleres de relato y poesía en Madrid, Zaragoza y Granada. Escribe relato y poesía.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

peldAÑOS

Continúo subiendo y subiendo los peldaños de mármol rosa desgastado que se me hacen cada vez más y más altos. Me asomo desde la ventana de la escalera que da a un patio interior hasta donde los rayos del sol llegan tímidamente y todavía no alcanzo a ver el techo del edificio.

He perdido la cuenta de las plantas que llevo subidas. La última persona con la que me he cruzado fue hará una media hora, me sorprendió lo grande que era. Para subir estos últimos escalones, he tenido que saltar y agarrarme a su resbaladizo y frío bordillo. Cuando saludé a la señora que me encontré subiendo el octavo me comentó que nunca había subido hasta la última planta pero que pensaba que más arriba de ella vivía ya poca gente, sin embargo todavía quedaba mucho.

El ático anunciado es barato, sobre todo porque el edificio, ya antiguo, no tiene ascensor y además solo es de una habitación. Busco algo acogedor para poder escribir sin que me moleste nadie, con vistas a la Sierra y en el que pueda moverme desnudo.

Unas dos horas más escalando peldaños, cada vez más costosos de subir, y llego a lo que ya parece el último descansillo y una única puerta de entrada. Me sacudo y aliso los pantalones y paso el brazo por la frente, ¡se acabó el subir más!. Parecería una puerta normal si no fuese por el tamaño, me agacho ligeramente y me cuelo por debajo.

El ático está decorado con buen gusto, colores cálidos, muebles escasos pero confortables. Lo recorro: cocina, baño, despensilla y habitación. En el pasillo veo una foto caída en el suelo, la observo y reconozco con sorpresa a mis padres cuando eran jóvenes. Observo ahora con más curiosidad el ático, me asomo a la terraza del salón-comedor, salgo, y unos metros más adelante veo una puerta, paso por debajo y aparezco en una calle estrecha, silenciosa y peatonal con una hilera de lo que parecen enormes secuoyas que la ensombrecen en parte.

Voy saltando de baldosa en baldosa cuando un perro muy curioso se acerca, me huele detenidamente y hace intención de mearme. Va con una joven que lleva una hermosa minifalda y que tararea el "*Dancing Barefoot*" de Patti Smith.

El anuncio era claro, igual que la dirección: "*Se vende ático de una habitación, con fabulosas vistas*", lo que necesitaba. El piso de mis padres era demasiado grande y sin vistas, mi novia y yo



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

teníamos suficiente con el ático.

Sigo caminando y empiezo a identificar las calles de la ciudad con la dificultad de ir con la cabeza inclinada hacia arriba constantemente. Esta calle me suena, esa tienda también, la plaza de la fuente con los leones y al fondo aparece el bloque donde vivo.

Aprovecho que alguien llame al ascensor para meterme, subo un par de plantas y me encuentro ante la puerta de mi piso. En el interior hay una pareja joven intentando comprarlo. No identifico los muebles, lo único que me suena es el póster de Patti en mi habitación.

La pareja parece haber cerrado el trato, ante mi atenta mirada y la de un grupo de inmensas cucarachas sorprendidas ante la situación. Tienen pensado tener un hijo y necesitan más espacio que el viejo ático en el que viven. A la hora de irse a dormir, yo, cada vez más y más pequeño, me meto entre sus sábanas.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

¡QUE EMBARAZOSO!

La vida no se mide por el número de veces que tomamos aliento, sino por los extraordinarios momentos que nos lo quitan.

George Carlin.

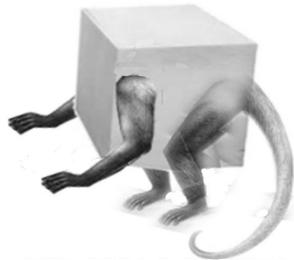
La camarera dribla, juega con su cintura alterada y en su vestido negro reparte las copas como si de su propia boda se tratase. El sol brilla con cara de mayo, la orquesta toca en manga corta el “*Scandalo al sole*” de Papetti. El bullicio es relajado, y al fotógrafo apenas se le oye decir ese “sonría por favor”. Zapatos de tirantes, y los rosas, amarillos y verdes se repiten en los estampados de los vestidos. Ahora, los invitados, todos con una copa en la mano y otra de más en el vientre se han puesto a cantar el “*Azzuro*” de Adriano mientras bailan agarrados, en lo que parece una extraña versión en espataliano.

La bandeja de la camarera cae al suelo, se lleva una decena de copas. La orquesta deja de tocar y los invitados paran de bailar mientras la nube que amenazaba, al final tapa el sol. Y cinco metros frente a ella el novio, sin aliento, agacha la cabeza e inclina sus hombros dejando colgados sus brazos. De su dedo se desprende el anillo que a escasas horas la novia le había colocado. Cae al suelo y rueda y rueda, brilla deslumbrando a quien lo sigue con la mirada, quiebra las patas de una mesa, pasa por debajo de las piernas de lo que ya es su suegra, recorta una cáscara de nuez y golpea suavemente en la punta del zapato de la camarera.

La camarera lo recoge, lo aprieta fuertemente con su puño, abre la boca y saca la lengua para ponerlo encima. Al masticar el fino metal, resuena como lo hacen las patatas fritas.

Para disimular sus lágrimas, se agacha a recoger los cristales de las copas. El dueño del local se acerca y la reincorpora cuidadosamente, no vaya a ser que se lastime en su avanzado estado de gestación.

ANIMALES PLATÓNICOS



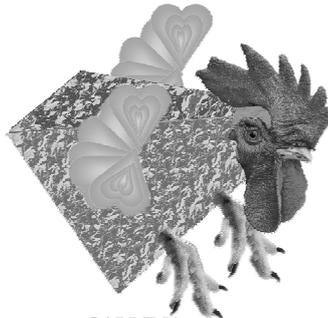
HEXAEDRO CAPUCHINO
(*Cebus Hexaedrus*)



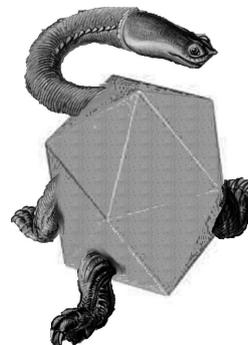
GRAN MARIPOSA
OCTAEDRO AZUL
(*Maculinea Octaedri*)



BALÓN
DODECAÉDRICO
(*Globus dodecaedrus*)



GALLINA
TETRAÉDRICA
(*Gallus Tetraedrus*)



TORTUGA ICOSAEDRO
HIDROMEDUSA
(*Hydromedusa icosaedri*)

«Entre la hojarasca se agita ruidosamente un compendio de tesis innovadoras...»

EVA MARTÍN GARCÍA



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

PRIMERA VEZ

Llamé al timbre. Mientras resonaba aún el eco esperé inquieta, concentrada en oír cómo sus pasos llegaban desde el otro lado. Abrió la puerta vestido de blanco, con su sonrisa brillante, seductora. Su voz tenue acarició mis oídos con un *“pasa, te estaba esperando”*. Intenté controlar el temblor de mi pierna izquierda, tragué saliva, me aferré al bolso como si de un chaleco salvavidas se tratara y apenas acerté a esbozar un tímido *“hola, gracias”* mientras cruzaba el umbral con una extraña mueca en la cara.

El *“sígueme”* que salió de su boca se quedó un segundo flotando en el aire antes de llegar a mis oídos como una mezcla de orden e invitación, una acatada con sumisión, la otra aceptada con gusto. Recorrí tras él el pasillo casi a oscuras, guiada sólo por el olor que desprendían sus pasos. Abrió la puerta del fondo y lanzando sus ojos contra los míos dijo simplemente *“puedes desnudarte aquí. Te espero”*. Pasé por delante de él temblona, torpe, indecisa, intentando no rozar ninguna parte de mi cuerpo con el suyo. Cerró la puerta. Mientras me desnudaba nerviosa anticipaba entre la ansiedad y la fantasía cómo sería aquella cita marcada en rojo desde hacía meses en mi agenda. Una vez desnuda salí y, como prometió, me estaba esperando. *“Ven, tiéndete aquí”*. Fui hacia donde me indicaba, me tendí despacio y de forma casi instintiva abrí las piernas lentamente mientras él me observaba con una sábana en las manos. Me tapó y desapareció bajo ella entre mis piernas. Cerré los ojos. *“Respira hondo. Tranquila, no va a dolerte”* dijo cuando yo ya no podía verle la cara. Inspiré profundamente todo el aire que había en la habitación. Antes de haber empezado a exhalar sentí una penetración suave, certera, aséptica, profesional.

Taché mentalmente en mi agenda la cita en rojo de aquel día. Lunes 20. Citología. Hecho.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

SESIÓN

Sube pesadamente las escaleras rumbo a su cita semanal con el diván. En su cabeza, unas cuantas imágenes oníricas se centrifugan para en breve ser tendidas al sol de su sesión de los jueves. Llega, se dan la mano, cuelga el abrigo. *“Póngase cómodo, comencemos”*. Empieza a destripar el sueño frente a la atenta mirada del psicoanalista que toma algunas notas. *“Anoche tuve un sueño extraño; mi madre, tumbada en el diván, intenta seducirme atrapándome entre sus pechos hasta casi asfixiarme con ellos”*. Complejo de Edipo, Thanatos, libido manifiesta. *“Yo, convertido en bebé, trato de hipnotizarla para defenderme”*. Fase oral, pulsión de vida, represión de deseos sexuales inconscientes, fantasía de dominación. *“Mi padre observa la escena con una risa burlona. Sé que no debo, pero le ofrezco cocaína”*. Desplazamiento de identidad, imposición del superyó, mecanismo de defensa. *“De acuerdo, está bien por hoy. Le acompaño a la puerta, señor Freud. Continuamos la próxima semana”*.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

A-SOMBRA-DOS

Salimos a la hora en que no hay sombras. Saltamos el muro. Al otro lado, sobrevolando nuestras cabezas, miles de respuestas. De debajo de una piedra se escapan corriendo un puñado de hipótesis contrastables. Un ejército de ideas revolucionarias vigilan nuestros pasos agazapadas tras un árbol. Entre la hojarasca se agita ruidosamente un compendio de tesis innovadoras. Sacudimos una rama y cae sobre nosotros una cascada de pensamientos. Giramos sobre nuestros pasos. Demasiada luz. Volvemos a la caverna.

ESCOJA LA IMAGEN

MÁS CERCANA A "NADA":



"Nada tengo. Nada pierdo

si te pierdo."

ROSA ORTEGA SÁNCHEZ



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

INSTRUCCIONES PARA ESCRIBIR UN POEMA

Primero hay que pararse, da igual el lugar; cruzando la calle, en el metro, justo antes de coger el autobús o en mitad de un atasco. Aislarnos en lo posible del ruido, el frío, el calor, o ese soniquete continuo de ir y venir de voces suburbanas que nos alejan de la tarea encomendada.

Una vez en posición buscar en el bolso, o en la mochila, o en el bolsillo, o solicitar a algún viandante un papel. No importa el tamaño, el color o si es o no cuadriculado, ni siquiera si está escrito por una cara.

Junto al papel y con el mismo esfuerzo habremos conseguido un lápiz, boli o rotulador, a ser posible que no sea en rojo por el impacto del color sobre la letra.

Ahora, sin excusa, preguntarnos sobre qué queremos escribir; los temas son infinitos, pero está claro que si buscamos algo universal, el amor no falla y el desamor aún tiene más tirada.

No es necesaria ninguna experiencia previa ni en escribir poemas ni en el amor.

Cogeremos palabras clave como *desengaño*, *ausencia*, *inocencia*, *pasión*, y las revestiremos con alguna metáfora lo más inédita posible, si no tenemos ni idea de cómo darles forma nos inventaremos una escuela modernista donde no se necesiten palabras y basten unas cuantas sílabas para rellenar el espacio y seremos precursores de la iniciativa.

Después del esfuerzo, adulada nuestra autoestima por ese maravilloso fruto del intelecto, daremos vuelta al papel, lo doblaremos minuciosamente una y otra vez y otra más, tanto como nos sea posible y lo guardaremos en un bolsillo.

Misión cumplida: poeta novel.

Satisfechos con la certeza de sabernos únicos volveremos a la prisa, a la rutina, al atasco... pero con una sonrisa idiota en los labios que sólo otro idiota como nosotros podrá comprender.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

CAMBIOS

La letra caminaba exhausta hasta el borde de la página, pretendía escapar de la novela.

A cuatro patas, esquivando la cegadora luz del flexo, su mortecino deambular evidenciaba la incruenta batalla que acababa de librar contra el papel. Desnuda, sin contenido, resultaba más liviana y frágil de lo que presuponía cuando planeó la aventura de probar el mundo del microrrelato.

Ya no había marcha atrás y el folio en blanco la acogió ávido y procaz.

Allí, en el centro, recuperando su antigua compostura, creció y creció más allá de sí misma como una estrella de mar amputada en mil pedazos. Pero a pesar de todos los cambios, en ese idolatrado universo siguió siendo una menospreciada e incomprensible "H".



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

Y NO SUPE QUE DECIR

Me dijeron que había muerto. Me quede tan sorprendida que no supe que decir. Y procedieron a mi entierro.

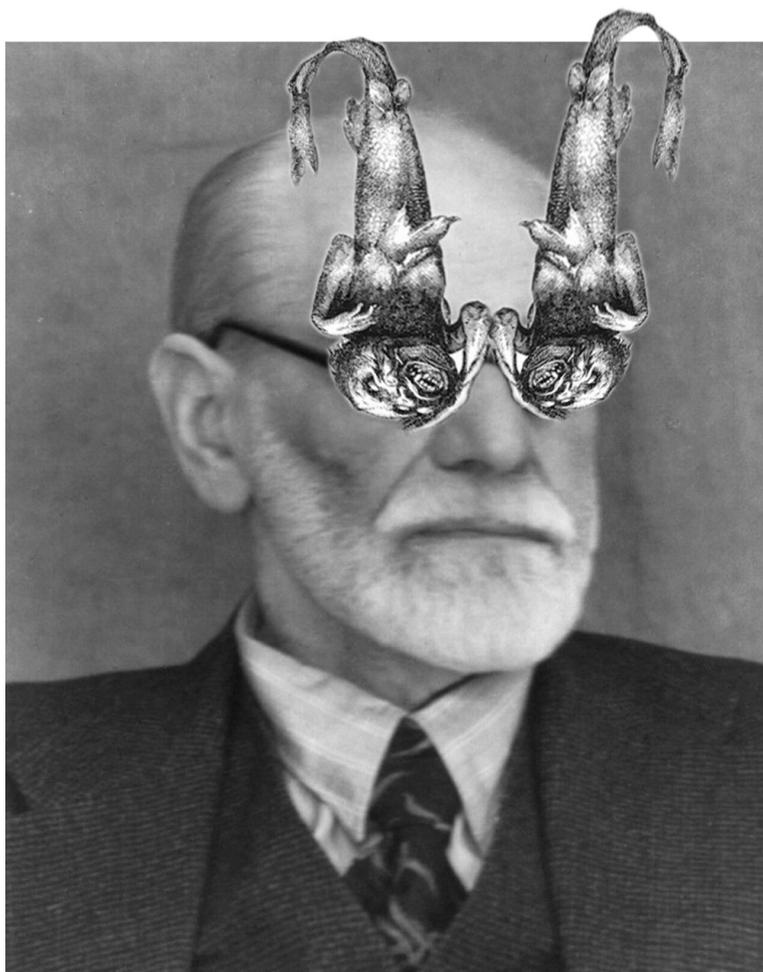


LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

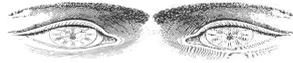
NADA

Nada tengo. Nada pierdo si te pierdo.



«...Y he terminado por sucumbir al dulce reclamo del canto de las sirenas.»

ANTONIO SERRANO FONTANA



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

DATOS BIOGRÁFICOS

He llegado a un momento de mi vida en el que ya no temo a nada, excepto no poder escribir. Las palabras me sitúan y me *viven* en la realidad. Podría decir que soy una lengua que escribe o una mano que habla y sin embargo, tampoco soy más importante que un rayo de sol entre la enramada o que la espuma de las olas (humus de poesía). Ellos, en su deliciosa brevedad, estuvieron antes de mí y seguirán estando, raíz de todo sentimiento, cuando mis ojos o mis oídos yazcan sepultados en el olvido.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

COSTA DE LAS DOS SIRENAS

Trabajando en la oficina, hay momentos de abismamiento en los que con algo de hastío siento que vuelven a galopar por mi mente las imágenes deslavazadas que preceden al recuerdo de que yo soy Ulises, rey de Ítaca. Unas veces me veo corriendo, frenético, por desmoronadas ciudades de barro esperando el ataque inminente de algún enemigo sin rostro y que quizás por eso tanto me aterroriza; en otras la visión se arrastra por tabernas abyectas y ahí estoy, buscando en el vino ácido que me hunde en la inconsciencia o ante la mirada agónica y humillada del que acaba de recibir de mi mano en el callejón un tajo en el vientre un remedo del éxtasis que supongo deben sentir los dioses al disponer a su antojo de nuestras mezquinas vidas de hombres. Hay momentos en los que circulo enloquecido alejándome inexorablemente de una mujer que espera y teje en otro lugar. *(Pero en esta mezcla espuria de sensaciones no aparecen recuerdos de alguien llamado Ulises, lo cual implica que si yo soy en verdad éste, he roto las ligaduras que me contenían en mi barco, he saltado por la borda y he terminado por sucumbir al dulce reclamo del canto de las sirenas. Dormido entre sus escamosos brazos, mi nombre se pierde mientras sueño otras existencias).* A veces me desconcierta la nitidez con la que revivo mi graciosa muerte, tendido entre ubérrimas cepas, desnudo, con la cabeza coronada de pámpanos y hojas de vid y la boca rebosante de viscosa uva negra; también, quizás al mismo tiempo, no muy lejos de allí, la locura de la guerra y el olor de las vísceras y el sabor metálico de la sangre que fluye libre tras un golpe de hierro y el ulular de las plañideras y unas moscas de bellos reflejos metálicos sorteando el humo acre de las piras funerarias en el campo de batalla. *(Si yo soy sólo un hombre cualquiera que supone que es Ulises, entonces mi destino no se ha cumplido en las rompientes. Conseguí resistir la llamada que llegaba desde la costa de las dos sirenas y pasar de largo, pero el olvido que prometían aquellas lánguidas voces entró dentro de mí y como un veneno lento me ha ido adormeciendo poco a poco y ha corroído mi memoria hasta disolverla).* Eso, cuando no me veo, bien sopesando la gravedad de una lanza en mi brazo antes de ser enviada hacia su atroz destino o bien admirando la rectitud de avenidas atestadas de tráfico que no me llevan a ningún sitio o aspirando con fruición el olor a moho y descomposición de jardines verdinosos por los que camino con ánimo apacible y algo aburrido conversando con las estatuas de antiguos héroes manchadas de excrementos de paloma. *(En realidad, nunca perdí la memoria entre los brazos de aquellos seres. Ni siquiera llegué a pasar cerca de aquella isla. Hasta es posible que no existan ni la isla ni las dos sirenas. En realidad floto extáticamente, náufrago, abogado en un agua verdosa. Mis recuerdos no son más que el sueño nebuloso de los muertos que creen seguir vivos).*



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

LA FE DE NUESTROS PADRES

Ayer mismo al oscurecer llegamos a la Tierra Prometida, después de cuarenta largos años de caminar por el desierto.

Hoy, con las primeras luces de un nuevo día, después de una noche de vigilia, nos hemos mirado a los ojos febriles y hemos sentido temor de que aquellos con los que tanto hemos sufrido nos arrebatan *nuestro* trozo de reseco paraíso. Por eso, al mediodía hemos empezado ya a levantar empalizadas entre nosotros; afilamos las espadas y las lanzas; tensamos los arcos y volvemos a practicar el abandonado ejercicio de las armas. Al atardecer, mientras las sombras se alargan y el odio ahoga toda vida, miramos a nuestros vecinos furtivamente, en silencio, sin atrevernos a hablar, esperando ansiosos que salte la primera sangre y rogando porque no sea la nuestra ni seamos nosotros los que avancemos el filo hasta la carne del contrario.

Antes de que el radiante amanecer de mañana dore hermosamente las cumbres de esta fragante Tierra de Promisión, de la que en efecto mana leche y miel, ya hemos sido condenados a vagar de nuevo, esta vez eternamente, por el Desierto.

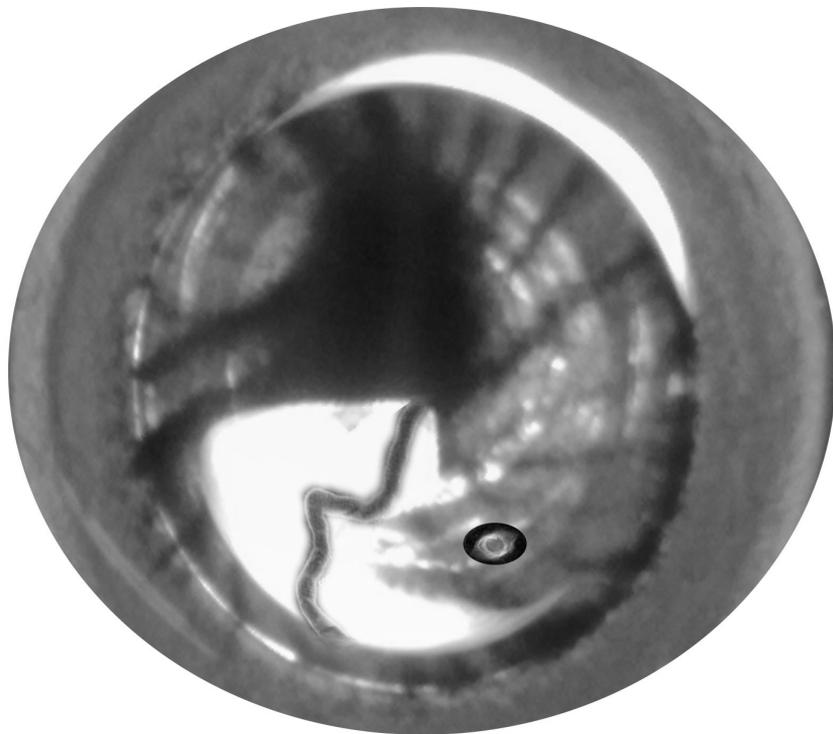


LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

INCONVENIENTES

Lo malo de estar muerto -se quejaba un señor a mi lado durante el viaje- es que no puedas comer melón en el verano, con lo que refresca...



«Como venganza última, el hombre esparció por las tierras extrañas criaturas...»

ESTHER VARÓN



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Se miró en el espejo antes de salir. Con la mano libre alisó su escaso pelo y ajustó de forma mecánica el nudo de la corbata. Un segundo vistazo a su imagen le devolvió el gesto crispado que no había conseguido lavar de su cara. Frunció los labios aún más al recordar el incidente de la noche pasada. Apretó el asa del maletín hasta que los nudillos se le pusieron blancos y sintió las pulcras uñas clavarse en la palma de su mano.

Antes de cerrar la puerta lanzó una última mirada, llena de rencor, a la habitación del fondo. Lo había intentado todo. Pero se acabó. Era inútil pretender un arreglo. Había tomado una decisión y nada le haría cambiar de parecer. No pensaba volver a suplicar. Sintió un súbito sonrojo interior al recordarse durante las horas pasadas, con ese *“por favor por favor por favor, no me bagas esto...”*, lastimero, patético, susurrado interminablemente mientras buscaba una solución que no fue capaz de encontrar.

De camino a la oficina hizo lo mismo que había estado haciendo toda la noche. Empezaba a sentir la cabeza como una fotocopiadora, escupiendo sin cesar folios en los que estaba escrita la misma pregunta: *“¿qué ha pasado?”*

Un desvaído y frío rayo de sol cayó a sus pies. Se detuvo como hipnotizado y recordó, de pronto, los dos últimos años. Habían sido maravillosos. Ni un solo problema. Hasta entonces se había sentido tan solo... Sin embargo, casi desde los primeros días, se fue creando un vínculo del que, se daba cuenta ahora, no podía prescindir. Es verdad que hacía unos meses empezó a notar pequeños detalles que le hicieron sospechar que algo no iba bien. Pero no hizo caso. Qué estúpido había sido, si hubiese actuado a tiempo...

Se arrancó el brote de nostalgia con un ruidoso suspiro. Pisó el tenue rayo de sol sin ningún cuidado, miró al otro lado de la calle, cruzó con rapidez y entró en la tienda de Juan. Ni tan siquiera se detuvo a dar los buenos días:

-Esta tarde me llevas a casa el mejor ordenador que tengas. Lo último que te haya llegado. Anoche dejó de funcionar el que te compré hace dos años.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

LA PELEA

Tuvieron una pelea como jamás se había visto. Un auténtico Big-Bang. El hombre, lleno de ira, lo convirtió todo en tinieblas. La mujer contraatacó con la luz. Él anegó el mundo en aguas turbulentas. Ella les robó el color para ponerlo en el cielo. No satisfecha con eso, rompió los mares que él creó y puso vastas extensiones de tierra en medio. El hombre lanzó su rabia al firmamento hasta volverlo negro. Con una carcajada de desprecio, la mujer cuajó de estrellas la recién oscuridad. Y aún hizo más. Llenó de viscosos seres las aguas limpias que él creó. Como venganza última, el hombre esparció por las tierras extrañas criaturas. Después de seis días de lucha feroz se miraron un instante, agotados, sudorosos, llenos de rencor. Y en esa única mirada estalló de nuevo el deseo. Se amaron hasta la extenuación en las aguas, en las tierras, en los cielos. Con el último estallido de placer la mujer gritó: ¡DIOS! El sonido primigenio vibró y se expandió implacable por el universo.



LOS OJOS DEL ORFEBRE

Microrrelatos de los alumnos del taller literario de Ángel Olgoso "El arte de lo mínimo"
Biblioteca de Andalucía, 2010.

UN HOMBRE SENSIBLE

Paseando por la parte antigua de la ciudad, vi un niño sin amo mendigando. Un famélico pero magnífico perro estaba pegado a su pierna. Aun en su extrema delgadez era majestuoso. Reconocí enseguida la raza. Me conmovió tanta miseria. Gasté una pequeña fortuna en sobornos para que pudiera pasar la aduana y poder traerlo conmigo. No pude resistirme, soy un hombre demasiado sensible.